

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

El esfuerzo (drang) y el juego infantil. Su relación con el descubrimiento freudiano de la compulsión de repetición.

López, Gonzalo Javier.

Cita:

López, Gonzalo Javier (2016). *El esfuerzo (drang) y el juego infantil. Su relación con el descubrimiento freudiano de la compulsión de repetición. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/765>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/rm1>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL ESFUERZO (DRANG) Y EL JUEGO INFANTIL. SU RELACIÓN CON EL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO DE LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN

López, Gonzalo Javier

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Desde su origen, el concepto de pulsión fue planteado por Freud como una fuente de estímulos cuyo dominio se torna esencial para la vida en la cultura. A raíz de esto, la pulsión aparece como un peligro interno que requiere de un esfuerzo psíquico que elabore su energía, que torne, en la medida de lo posible, inocuo el peligro que ella representa. Este esfuerzo es propio del principio de placer, representa la exigencia de trabajo que la pulsión le impone al aparato psíquico para recorrer el camino que va del displacer hacia el placer. La noción de “esfuerzo” (Drang), aplicada al juego infantil, constituye una bisagra fundamental en el descubrimiento freudiano de la compulsión de repetición ligada al “Más allá del principio de placer”. Este trabajo pretende incursionar en esa vía de acceso hacia ese descubrimiento, ya que es el juego infantil el lugar en que el esfuerzo se exterioriza “de manera primaria e independiente del principio de placer” (Freud, 1920 16). La compulsión de repetición aparece así ligada al esfuerzo, a la repetición de lo desagradable que implica una ganancia de placer directa.

Palabras clave

Pulsión, Esfuerzo, Juego, Peligro

ABSTRACT

THE EFFORT (DRANG) AND CHILDHOOD PLAY ITS RELATION TO THE DISCOVERY OF REPETITION COMPULSION

From its origin, the concept of compulsion was raised by Freud as a stream of stimuli whose possession becomes essential for life in culture. Due to this, compulsion appears as an internal danger that requires a psychological effort to elaborate its energy, that turns, as possible, harmless the danger that it represents. This effort is proper to the principle of pleasure, it represents the effort of the work that compulsion imposes on the psyche to go the way from displeasure to pleasure. The notion of effort applied to childhood play, constitutes a fundamental hinge in the Freudian discovery of repetition compulsion linked to “beyond the principle of pleasure” this work pretends to inquire in this way of access towards that discovery, due to, that it is childhood play the place where the effort exteriorizes, in a primary and independent way of the principle of pleasure” (Freud, 1920 16) the repetition compulsion appears in this way linked to the effort, to the repetition of what is displeasure that implies an increase of direct pleasure.

Key words

Compulsion, Effort, Play, Danger

La reacción anímica frente al peligro exterior

En el capítulo I de “Más allá del principio de placer” Freud realiza un recorrido por su propia obra destinado a describir las experiencias de displacer que el neurótico padece dentro del marco del principio de placer. Allí se ocupa de ellas para descartarlas respecto de la hipótesis inicial de este trabajo que afirma que en la vida anímica hay fuerzas que contrarían el imperio y la prevalencia del principio de placer. De esta manera, Freud inicia su investigación afirmando que dichas experiencias pertenecen a un displacer de percepción pero que no son displaceres originariamente. La satisfacción sustitutiva, por ejemplo, es percibida por el yo bajo la forma del displacer, aunque en su origen es satisfacción, o sea, “un placer que no puede ser sentido como tal” (Freud, 1920 p11). Por esto es que, al final de este capítulo, la propuesta freudiana es la de tomar otro rumbo para poder plantear la existencia de experiencias que pongan en jaque la tesis, tanto tiempo sustentada, de que el principio de placer regula automáticamente la vida del neurótico. Este nuevo rumbo puede describirse de la siguiente manera: si hay un “más allá del principio de placer” habrá que encontrarlo en “la reacción anímica frente al peligro exterior” (Freud, 1920 p11). Así termina ese capítulo I, introduciéndonos a la intuición freudiana de que la respuesta a su hipótesis inicial será encontrada en la indagación sobre el peligro que viene de afuera.

Angustia y peligro exterior

Con el tiempo, cada vez irá quedando más claro que ese peligro exterior es una amenaza y que la reacción anímica frente a ella es la angustia. La primera forma de esta amenaza, que en la infancia se vuelve evidente, es el temor a la pérdida del amor del otro, ubicada por Freud como antecesora de la amenaza de castración en la evolución normal del niño. La angustia es una preparación frente a este peligro que la amenaza significa, pero es angustia porque se hace inevitable la renuncia.

Intentemos ser un poco más claros. Todo niño debe renunciar a la madre como objeto de amor, la cultura así lo determina, a pesar de que es en esa relación en la que se han desarrollado sus pulsiones. O sea que las pulsiones son estímulos internos, pero se han desarrollado a raíz del contacto, del roce con ese otro/madre de los primeros cuidados, o sea, a partir de estimulaciones que provienen del exterior. “Las pulsiones mismas son decantaciones de la acción de estímulos exteriores” (Freud, 1915 p116). Ese lugar en el que la sexualidad del niño se desarrolla es el que estará prohibido para el amor, el lugar que habrá que abandonar. Para ser un ser de la cultura, nos dice Freud, hay que renunciar al amor del otro de los primeros cuidados. Pero el tema es que el niño jamás renuncia, porque alberga en su interior una moción pulsional, una tendencia incestuosa, que no cede fácilmente al mandato cultural. La ausencia de la madre se transformará en una amenaza porque el deseo hacia ella persiste, no se puede escapar de él. Por lo tanto, si hay

amenaza, peligro externo, es porque hay una tendencia interna de la que no se puede huir.

Detengámonos un momento en este cambio de paradigma en la obra de Freud. En sus primeros desarrollos sobre la pulsión, ésta es un peligro en sí misma, un peligro interno, y el mundo exterior es el que ofrece la posibilidad de proyectar ese peligro en él, haciendo que el yo se comporte como si la situación peligrosa viniera efectivamente desde afuera. Tal es el mecanismo de la proyección que Freud describe en detalle en el capítulo IV de “Lo inconciente” (1915) apoyado en la descripción de las fases de la formación del síntoma en la fobia. Pero a partir de “la indagación de la reacción anímica frente al peligro exterior”, que inicia en 1920, la exigencia pulsional ya no será un peligro en sí misma, sino que será peligrosa porque conlleva la posibilidad de un peligro exterior.

“Ya una vez he adscrito a la fobia el carácter de una proyección, pues sustituye un peligro pulsional interior por un peligro de percepción exterior. Esto trae la ventaja de que uno puede protegerse del peligro exterior mediante la huida y la evitación de percibirlo, mientras que la huida no vale de nada frente al peligro interior. Mi puntualización no era incorrecta, pero se quedaba en la superficie. **La exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración” (I, síntoma y A p120).**

El peligro externo no es un animal salvaje, nos dice Freud, porque “el lobo nos atacaría sin importarle nuestra conducta” (Freud, 1926 p137). No importa que amemos al lobo o que alberguemos en nuestro interior sentimientos de efecto o ternura hacia él, nos atacará igual. El peligro de caminar por un bosque lleno de lobos es independiente de nuestras tendencias internas. “Pero la persona amada no nos sustraería su amor, ni se nos amenazaría con la castración, si en nuestro interior no alimentáramos determinados sentimientos y propósitos. **Así, estas mociones pulsionales pasan a ser condiciones del peligro exterior y peligrosas ellas mismas; ahora podemos combatir el peligro externo con medidas dirigidas contra peligros internos”** (Freud, 1926 p137).

La reacción más natural frente a este conflicto es la angustia, es inevitable renunciar, pero para renunciar al objeto incestuoso hay que renunciar a las tendencias pulsionales que se dirigen a ese objeto y a esto último se resiste el niño. Ya en 1926 quedará claro que la angustia señala un peligro, pero si hay peligro exterior, o sea, si hay pérdida del amor del otro o amenaza de castración, es por la persistencia de las pulsiones que se resisten a renunciar al objeto que contribuyó de manera capital a su desarrollo. Gracias a este objeto, que ahora lo amenaza con retirarle su amor, el niño ha conocido el amor. Se entiende, entonces, que la angustia sea un afecto estructural que está en la base de la constitución libidinal del sujeto.

Satisfacción en lugar de Angustia

Volvamos ahora a las primeras conceptualizaciones freudianas de “Más allá del principio de placer” (1920). ¿Sabía Freud, cuando propuso en el capítulo I realizar una indagación sobre la reacción anímica frente al peligro exterior, que esto lo llevaría a semejantes conclusiones? Probablemente no. Sin embargo ellas ya están implícitas en el capítulo II, mucho antes de que “el peligro pulsional interno resultara ser una condición y preparación de una situación de peligro objetiva, externa” (Freud, 1932 p80).

Porque el niño que observa Freud, en ese capítulo II, satisface un estímulo interno en el mismo acto que renuncia al objeto. He aquí algo incomprendible, porque se entiende que la partida de la madre

implica una vivencia penosa, sin embargo el niño jugaba a arrojar los objetos, escenificaba la partida de la madre (Fort) y, llamativamente obtenía una satisfacción. No hay aquí principio de placer, ya que éste tiene que ver con el juego completo, la desaparición (fort) y la reaparición de la madre (da) que implica un “gran logro cultural” al poder simbolizar su ausencia.

Ya en este capítulo II hay una pregunta freudiana que introduce el tema del peligro exterior y su relación con la pulsión que hemos expuesto en la primera parte de este trabajo. Si Freud dice que la vivencia de la partida de la madre debe ser penosa, es porque el peligro por la pérdida del amor del objeto ya está presente, implícito en la obra de Freud. En el caso de este niño, y a menos que lo que hemos planteado, debería haber un peligro interior (las mociones pulsionales) representado por un peligro exterior (la pérdida del amor del otro) y la consecuente angustia por la partida de la madre. Pero, en este caso la angustia sería ya una forma de trabajo, un intento de ligar, de poner en marcha el principio de placer.

“Mientras más pueda limitarse el desarrollo de angustia a una mera señal, más recurrirá el yo a las acciones de defensa equivalentes a una ligazón psíquica de lo reprimido” (Conf 32 p84).

A partir de la segunda tópica freudiana, todo esfuerzo (drang) por dominar los estímulos pulsionales comienza por la angustia como señal. Esta angustia señal no es un observable, sino la angustia estructural, que hemos mencionado como constitutiva del sujeto, que funciona como bisagra para ligar a la pulsión. La angustia funciona así como preparación frente al peligro, da la señal de la represión y el principio de placer se pone en marcha.

A la luz de esta nueva versión de la teoría de la angustia, todavía en ciernes en el momento que Freud introduce el juego del Fort-Da, la pregunta freudiana, en este capítulo II, podría resumirse así: ¿Cómo es que el peligro frente a la pérdida del amor del otro no haya generado angustia sino satisfacción? La respuesta freudiana implica el descubrimiento de la compulsión de repetición, paso lógico previo a la introducción de la nueva teoría de la angustia. La actitud del niño que expulsa a la madre, tirando el juguete sin esperar su reaparición, ese niño que parece decirle a la madre “vete pues; no te necesito, yo mismo te hecho” (Freud, 1920 p16) da cuenta de una tendencia “más originaria, más primitiva, más elemental, más pulsional que el principio de placer” (Freud, 1920 p23). Solo una vez descubierta esta compulsión será posible avanzar en la concepción de la angustia como señal, como articuladora del “más allá...” con el principio de placer.

Esfuerzo y compulsión de repetición en el juego

a) **Esfuerzo y principio de placer.** La compulsión de repetición en el juego infantil, y la pregunta de que ella hemos derivado, están íntimamente relacionadas con la noción freudiana de “esfuerzo” (Drang). Nos internaremos brevemente en esta noción para luego intentar arribar a nuestras conclusiones.

En la obra de Freud, el esfuerzo está referido al principio de placer. Se refiere al esfuerzo psíquico por procesar las magnitudes de energía pulsional que parten de los procesos internos, al esfuerzo por convertir los estímulos, cuyo incremento energético implica displacer, en ciertas formaciones o productos culturales que transformen ese displacer en placer. El sueño, por ejemplo, es producto del esfuerzo que las pulsiones imponen al aparato psíquico moviéndolo a un trabajo que va del displacer al placer. En el otro polo, la sublimación, la creación de una obra artística, científica, etc. son el producto del esfuerzo que la pulsión le exige al aparato para hacer de ella un producto más adecuado a los fines de la cultura. Todos los grandes logros culturales son producto de un esfuerzo por procesar

los estímulos pulsionales, de reencauzar toda la energía que ellos representan hacia fines culturalmente aceptados. El pensamiento freudiano nos conduce hacia la conclusión de que, gracias al esforzar constante de la pulsión, gracias a que no se puede huir de ella, los estímulos que ella vehiculiza son los verdaderos motores que han llevado al desarrollo intelectual tan alto que ha alcanzado la humanidad. La importancia del esfuerzo (Drang) termina siendo vital para conseguir un empleo de la energía más “adecuado a fines” (Freud, 1915 p115). Y sabemos desde 1900 (“La interpretación de los sueños”) que cuando Freud dice “adecuado a fines” dice “adecuado al programa cultural”.

Como lo hemos planteado hasta aquí, el esfuerzo, ligado al principio de placer, implica el trabajo del juego completo (El fort y el da), la desaparición y el placer de la reaparición, como Freud lo muestra con el juego del carretel en el que los objetos desaparecen y luego vuelven a aparecer. El juego completo implica “el gran logro cultural del niño” tiene que ver con aceptar la ausencia de la madre, “admitir sin protestas su partida” (Freud, 1920 p15). Observamos aquí la relación directa entre el esfuerzo y el logro cultural. La tramitación y transformación del estímulo pulsional displacentero en un juego placentero.

b) **Esfuerzo y compulsión de repetición.** Pero cuando el niño hecha a su madre, cuando encuentra satisfacción arrojando objetos sin esperar que reaparezcan (Fort), el esfuerzo ya no está ligado al principio de placer. “hay una ganancia de placer de otra índole pero directa” dice Freud. Sin embargo, hay esfuerzo en la propia compulsión de repetición, eso es lo que dice Freud cuando se pregunta: “¿Puede el esfuerzo (Drang) de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio de placer?” (Freud, 1920 p16)

Un esfuerzo que no tiene que ver con el principio de placer implica una nueva concepción del esfuerzo. Por un lado, porque el niño no acepta pasivamente la partida de la madre, sino que asume en rol activo. Freud habla aquí de la *pulsión de apoderamiento* a partir de la que el niño toma un rol activo, puede exteriorizar el esfuerzo por dominar el estímulo pulsional displacentero directamente, consiguiendo un placer sádico, transformando el displacer en placer, pero en el acto mismo de jugar.

La compulsión de repetición implica, en sí misma, un esfuerzo que en el juego puede apreciarse de manera clara. Un esfuerzo que no alcanza a procesar el estímulo pulsional, ligándolo al principio de placer, pero que permite al niño alcanzar una satisfacción mucho más primaria cuando puede trocar “la pasividad del vivenciar por la actividad del jugar” (Freud, 1920 p17).

De esta manera, el peligro exterior, en este caso “la pérdida del amor de la madre” no implica la reacción anímica de la angustia porque no se liga al principio de placer; sino que, el rol activo que el niño asume implica una satisfacción pulsional directa, sin rodeos.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S (1920) Más allá del principio de placer. En Obras Completas. A.E. XVIII. Ed Amorrortu, Bs As, 1996.
- Freud, S (1926) Inhibición, síntoma y angustia. En Obras Completas. A.E. XXI. Ed Amorrortu, Bs As, 1996.
- Freud, S (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. En Obras Completas. A.E. XIV. Ed. Amorrortu, Bs As, 1996.
- Freud, S (1932) 32º conferencia. Angustia y vida pulsional. En Obras Completas. A.E. XIV. Ed. Amorrortu, Bs As, 1996.